

En alta mar

Lorenzo Cañadas Argente



Capítulo 1

Siempre me ha gustado viajar y sin duda una de las formas que más me gustan es en barco. Durante un verano viaje junto con mi familia en un crucero por el Mediterráneo visitando varias ciudades y países en nuestro trayecto.

Mi hermana y yo decidimos salir de fiesta durante nuestra estancia en el barco intentando no perdernos ni una sola fiesta a la que pudiéramos asistir y por supuesto el pack de bebidas solo hacía que mejorar la situación. En nuestro primer día conseguimos nuevos amigos de diferentes ciudades de España y entre esas personas una chica de piel morena, ojos castaños, pelo oscuro y una sonrisa resplandeciente de la cual quede atrapado al segundo.

Comenzaron los saludos, apretones de manos y dos besos para chicos y chicas respectivamente. Tras varios momentos de charla y conocer un poco más a nuestros compañeros de crucero decidimos que nuestro día había concluido y me fui con el único pensamiento que podía tener en ese momento: quiero verla mañana.

Siguieron pasando los días, nuestros encuentros eran fortuitos por los distintos niveles del barco y, como no, mi don de la palabra salía siempre a relucir cada vez que la veía; un hola, simple y tímido junto a una mirada que siempre iba a otro lado. Pero esto tenía que cambiar.

Uno de estos días se hizo una fiesta en la cubierta donde nos reunimos con nuestros amigos. Decidí que aquella noche debía ser más cercano a esta chica que había llamado tanto mi atención, si realmente quería algo de ella. Tras un buen rato de charla, aunque al principio fue casi un intercambio de monosílabos y preguntas genéricas, un baile lento y algo de bebida en el cuerpo decidimos dar una vuelta por el resto del crucero, donde no había nadie aparte de los empleados de la propia compañía que organizaba el crucero. Todo termino apoyados en una barandilla, mirando el mar iluminado por el cielo nocturno y no muy lejos aún se percibía la música de la fiesta de donde huimos para tener un momento de intimidad.

De pronto volví a quedar atrapado, como la primera vez que la vi pero esta vez no aparté la mirada. Despejé un pequeño mechón de su cara, ella sonrió ruborizada y nos acercamos lentamente hasta que nuestros labios estuvieran en contacto. Un beso simple y tierno en nuestra última noche en alta mar.

Pasaron las horas, llego la mañana y esta vez tocaban las despedidas, uno a uno nuestros nuevos amigos se iban yendo. Mi despedida con ella es mi último recuerdo, un abrazo que pareció eterno y del que no quería

soltarme en ningún momento, pero tuve que hacerlo. Se fue, para siempre. Estúpido de mí que no le pedí ninguna forma con la que pudiera contactarle. Ahora solo es un recuerdo en mi memoria, una sensación que no olvidare nunca, como una flecha que atravesaba mi pecho y me dejaba inmóvil y sin habla cada vez que ella me miraba. Quién sabe si el destino nos reunirá de nuevo y puede que esta vez sea en tierra firme.